

Burgos, Juan Manuel, *La vía de la experiencia o la salida del laberinto*, Madrid: Rialp, 2018, 136pp

El profesor Juan Manuel Burgos es desde hace algunos años una reconocida autoridad en el ámbito del personalismo en general y del pensamiento personalista de Karol Wojtyła en especial.

En el 2003 publicó la obra *Antropología: una guía para la existencia* (Madrid: Palabra) de 424 páginas; y en el 2010 escribió el compendio *Antropología breve* (Madrid: Palabra) de 160 páginas. En ese ejercicio condensó los puntos fundamentales de la obra mayor y los presentó de manera más accesible. Me parece que lo mismo puede decirse del libro que hoy comentamos respecto de la obra de 2015, *La experiencia integral. Un método para el personalismo* (Madrid: Palabra). Aquella tiene 368 páginas mientras que la obrita que ahora reseñamos tiene apenas 136. Y mientras que en aquella el lenguaje es más académico, aquí, permítaseme la expresión, es más juvenil, y con ello hago alusión a la metáfora del laberinto, que no es la única que aparece en el libro, ya que también nos encontramos con desiertos, valles, yermos y pantanos. Pero, repito, me parece que estamos ante la condensación de aquella obra mayor con un enfoque menos especializado y más accesible al lector de formación media.

Como en toda obra, el pensamiento del profesor Burgos que aquí se expone tiene alcances y limitaciones. Quiero empezar con aquellas cosas que me parecen sumamente rescatables.

Una de las tareas pendientes del personalismo es la creación tanto de categorías personalistas como de métodos adecuados al “objeto” de estudio. Me parece que la presentación de la experiencia integral como método personalista hace justicia a esta exigencia. Es ya un lugar común al estudiar la historia del personalismo que este reivindica el rescate de la subjetividad que llevó a cabo la modernidad, pero no comparte el subjetivismo. Yo quiero agregar, siguiendo la intuición de Edgar Morín, que el personalismo tampoco comparte el paradigma cartesiano de la disyunción, sino que intenta una y otra vez (si lo logra es otra cuestión) la integración de los diversos polos de la realidad: el método de la experiencia integral que propone el profesor Burgos quiere, con toda justicia, integrar en la experiencia lo subjetivo y lo objetivo, lo sensible

y lo inteligible, lo inmanente y lo trascendente, el hecho y la interpretación, los micro y los metarrelatos, lo científico y lo ético-prudencial, lo relativo y lo absoluto, etc. El autor lo expresa del siguiente modo: “Este es el objetivo de este texto: presentar una nueva propuesta epistemológica, la experiencia integral, que se postula como una vía de salida de la fragmentación contemporánea, como un camino capaz de construir el sentido en un contexto de posmodernidad” (pp. 10-11).

Igualmente me parece que es un acierto intentar contribuir a la invitación del papa emérito Benedicto XVI a ampliar los horizontes de la razón en diálogo con la ciencia moderna. El método de la experiencia integral no huye ni recela de la experiencia, sino que busca poner de manifiesto que tiene muchas más dimensiones que las que usualmente se le han asignado (entre paréntesis y como preguntar al autor: ensanchar los horizontes de la razón ¿no significa deshelenizarla, aunque sea un poco?)

Veo como un alcance importante considerar la experiencia como un “acontecimiento o hecho personal”. El profesor Burgos afirma que “*Toda* la persona está involucrada en la experimentación: el cuerpo, los sentidos, las emociones, la inteligencia, el corazón” (p. 57).

Entiendo que hoy en día la abstracción esté un tanto desvalorada, no solo entre los personalistas, sino entre los mismísimos tomistas. La verdad es que es una teoría admirablemente construida. Pero los avances de la psicología y sociología del conocimiento nos han hecho ver que prácticamente podría pasar la vida entera de una persona sin haber hecho jamás un acto de abstracción, aunque tiene la capacidad para ello. De ahí que la alternativa que presenta el profesor Burgos valga la pena de ser entendida y profundizada: experiencia—inducción—indagación—interpretación—comunicación en inter—retro—alimentación (otra vez en palabra de Morin). Me entusiasman las posibles consecuencias de este nuevo método: escribe el profesor Burgos:

La visión del mundo generada por esta epistemología será amplia y generosa, abierta a la complejidad de las cosas exteriores y a la complejidad humana. Generará mentes flexibles, dialogantes, constructivas, capaces de admitir que toda posición está abierta a revisión, mejora o modificación (p. 86).

Por lo que se refiere a las limitaciones, quiero señalar las siguientes: el autor dice que no hay vuelta atrás (p. 10). No quiero contradecir, pero me parece que el autor sí vuelve atrás y creo que no se equivoca al hacerlo, pues no hay progreso más que cuando se retorna a los orígenes, y no hay auténtica tradición más que cuando se apropia el pasado. En ambos casos hablamos de un regresar a un pasado transformado por la historia. Lo que no se vale es el regreso retrógrado, reaccionario, que busca recuperar

lo anterior exactamente como estaba antes de que ocurriera el cambio. Puede parecer algo banal, pero no quisiera que los lectores se queden con la idea de que lo anterior ya no vale la pena. Al contrario, el que quiere ser realmente innovador no podrá serlo si no conoce bien la tradición y se apropia su pasado.

La intención pedagógica del profesor Burgos hace que las cuestiones se presenten de manera general y sin muchos matices o detalles, lo cual es comprensible, pero encontrar el equilibrio es algo delicado de que no es fácil de conseguir. Me parece que sí es necesario matizar más las relaciones del nuevo método tanto con la fenomenología como con el tomismo para el que lector no se lleve a engaño de que aquellas corrientes son demasiado simples. Igualmente parece ser que la intención pedagógica explique la escasez de citas y referencias. Pero me parece que debería haber más para invitar al lector a seguir la búsqueda por su cuenta. Al menos a mí, me gustaría que las alusiones a Jaki, Gilson, Maritain y Jaspers tuvieran la indicación bibliográfica.

Para concluir, quiero recalcar la honradez intelectual del profesor Burgos, quien una y otra vez señala que sus pensamientos son apenas esbozos que quieren y deben ser profundizados y llevados a su pleno desarrollo. En sus palabras: “Wojtyła se queda a medio camino. Sus intuiciones son lo suficientemente potentes para elaborar una nueva propuesta epistemológica, pero, al mismo tiempo, lo suficientemente indefinidas o incompletas para que esa propuesta no pueda formularse de un modo sólido, invalidando su empleo sistemático” (p. 52). Lo cual no es otra cosa que, después de haber corrido su parte de la carrera, nos pase a nosotros el testigo para correr nuestra parte. Confío en que ese testigo no caerá de nuestras manos y que trataremos de llevar adelante algunas de las intuiciones de este libro. Para ser franco, no creo que nos toque a nosotros salir del laberinto, pero sí creo que es nuestro deber intelectual intentar acercarnos a la salida.

CARLOS GUTIÉRREZ LOZANO
ITAM, México
carlos.gutierrez@itam.mx